

2010

Perfil político de América Latina

Riccardo Campa

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Campa, Riccardo (Primavera-Otoño 2010) "Perfil político de América Latina," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 71, Article 26.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss71/26>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

PERFIL POLÍTICO DE AMÉRICA LATINA

Riccardo Campa

Istituto Italo-Latinoamericano, Roma

*L*as crónicas españolas del siglo XVI coinciden en resaltar las características distintivas de las culturas precolombinas del Nuevo Mundo. El debate, que se instaura en Valladolid en 1550, se concentra en el aspecto más inquietante de la administración española en los fértiles territorios del extremo Occidente. La discusión ideológica se concentra en la genética de los indios y por lo tanto en sus facultades deliberativas con respecto al derecho vigente en el área ibérica. Los tratadistas del derecho de gentes (Juan Luis Vives, Bartolomé de las Casas, Juan Roa Dávila, Francisco Suárez, Luis de León, Juan Ginés de Sepúlveda, Martín De Azpilcueta) reestablecen la validez de la tradición jurídica europea en el multiculturalismo y en el plurilingüismo americanos.

El año 1521 representa la fecha a la cual se remonta el deterioro de las relaciones entre los adelantados españoles y los locales. El contraste más evidente está dado por la diversidad de las tradiciones: en los españoles, el sentimiento religioso es manifiesto; en los indios americanos es intimista, casi secreto. La opulencia de las iglesias barrocas ibéricas compite con la geométrica voluptuosidad de aquellas inspiradas en la magnificencia de la naturaleza en el área americana. La conversión de los indios, de hecho, implica un notable esfuerzo por parte de los misioneros cuya mansedumbre se contraponen con la mal disimulada intolerancia de los indios, aún impregnados de la atmósfera del Olimpo arcaico-imperial. Los dioses de los indios mantienen un continuo coloquio simbólico con sus adeptos, que preanuncian a los reformistas luteranos de Europa continental contrarios al magisterio y a la burocracia eclesiásticos.

Los anales de Cuauhtitlan, la recopilación de los hechos, que pueden

llegar a convencer a un gran número de personas, reflejan la existencia en su problemático sometimiento a un orden, difícilmente convertible en el prefacio de la trascendencia celestial. La infidelidad de los indios con relación a la ortodoxia católica está acentuada por la idolatría, por los simulacros de los poderes ocultos, invocados para que resulten menos despiadados. Incluso en el panteón indio, la autoridad real entraña el perfil divino, la imaginaria figuración ordenadora del universo. La reminiscencia constituye el aspecto más inquietante de las pruebas literarias indias, que refuerzan el sentido de pertenencia a una cultura que puede ser anulado por los eventos políticos y sociales. Las religiones precolombinas se identifican con las atmósferas poéticas durante las cuales la mente se plantea un cuestionamiento acerca de las ostentaciones de las instituciones.

La conexión existente entre las variables interpretativas de la conformación territorial y demográfica del área y sus instancias independentistas permiten revalorizar, incluso con el empuje del fervor ideológico que caracteriza a la modernidad, las fases políticas, económicas y sociales que, sostenidas por las tradiciones credenciales, llevan al subcontinente americano a modificar las persistentes caracterizaciones autoritarias en democracias nacionales. El proceso de transformación de la economía agraria en economía industrial, siguiendo las innovaciones del aparato tecnológico y productivo, justifica un accidentado y comprometido recorrido ideológico a menudo conectado y otras veces desvinculado de las experiencias institucionales europeas.

Para algunos países del área, medio siglo de independencia no resulta suficiente para la instauración de un orden político estable. La ruptura con España determina una organización administrativa frágil (por otro lado denunciada por los mismos próceres de la independencia, *in primis* por Simón Bolívar), que desemboca en el caudillismo y en los poderes locales. El debate ideológico, que se concentra en la protección de los privilegios eclesiásticos, en el centralismo y en el federalismo, anima el enfrentamiento entre los liberales y los conservadores. Los conflictos fronterizos (la guerra del Paraguay 1865-1870, la guerra del Pacífico 1879-1884) determinan, con la supremacía del militarismo, una fuerte inestabilidad de la cual no participan Brasil y en alguna medida Chile. La abolición de la esclavitud en Brasil se declara en el año 1888.

La innovación del transporte marítimo convierte a América Latina en un sistema de exportación de productos básicos hacia el mundo industrializado. Antes de la primera guerra mundial, América Latina produce la quinta parte de los alimentos del mundo. Su vulnerabilidad depende de la economía externa que, mientras tanto, se modifica para poder llegar a ser autónoma y competitiva tal como sucede en los Estados Unidos después de la crisis del año 1929 y de la adopción de la doctrina de John Maynard Keynes.

El desarrollo de América Latina entre las dos guerras mundiales se vale de la inmigración europea y no europea que refuerza el desarrollo demográfico regulado por la instauración de un orden oligárquico que impide que se

produzcan cambios en el status, especialmente en los sectores operativos provenientes de países europeos, en los cuales se vislumbra un potencial productivo de nivel tecnológico capaz de cultivar una competencia preventiva a nivel planetario.

A principios del siglo XX, la debilidad de la economía colonial incide negativamente en el proceso de modernización, del mismo modo que el futurismo y las otras corrientes modernistas influyen sobre las decisiones políticas de Italia y de Alemania, decididas a crear una fuerte unificación nacional mediante una improvisada expansión colonial.

El endeudamiento externo de las economías latinoamericanas (en particular frente a la banca británica) se refleja negativamente sobre su autonomía, más tarde condicionada por el panamericanismo, una corriente de pensamiento dominada principalmente por Estados Unidos.

Las doctrinas positivistas de inspiración comtiana reflejadas en el lema «Orden y Progreso», libres de la influencia esencial de la ciencia en el área latinoamericana, relativamente y de manera desordenada, inciden en el tenor de cada uno de los ordenamientos institucionales. El clientelismo amenaza la conformación liberal, que en algunos países se presenta como salvadora, si bien se encuentra condicionada por la presencia preponderante de escasas iniciativas empresariales. Las elites administrativas y financieras obtienen notables provechos de un sistema de patrocinio que garantiza la estabilidad. La trama clientelar oculta una suerte de redistribución del rédito. El individualismo permanece como una defensa con respecto a la organización de la sociedad fundada en los derechos positivos y en la virtual solidaridad igualitaria.

El constitucionalismo y el militarismo se contraponen desde dos frentes aparentemente coordinados entre sí, el ordenamiento de algunos países del área, independientemente de sus dimensiones estratégicas y demográficas. Las enseñanzas impartidas en las academias militares se ven influenciadas por las doctrinas elitistas decisionales europeas (Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca, Carl Smith) que consideran a las vanguardias como la salvaguarda de las características identitarias y culturales de diversos ordenamientos institucionales. A fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, en México, Chile, Argentina y Brasil se instaura una corriente tecnocrática con el objeto de garantizarle a la estructura del estado una supremacía decisional por sobre las libres decisiones subjetivas. La política escolástica se desarrolla especialmente en la condena a los dogmatismos tradicionales y en la vigencia de las disciplinas científicas y tecnológicas. El pragmatismo inglés se adecua a las inclinaciones experimentales de las generaciones que, con la llegada del siglo XX, se ven alentadas a enfrentar los desafíos de la especialización y la sectorización tecnológica. El despotismo ilustrado o la dictadura liberal acompañan de manera desordenada la acción de los intelectuales inclinados a reemplazar a la sociedad civil con intervenciones ministeriales. El estado

asume connotaciones éticas para responder a las exigencias de actualización previstas como indispensables para participar de la renovación general.

El liberalismo y el positivismo se conjugan en el anticlericalismo, que se manifiesta en la abolición del foro eclesiástico, en la supresión de la décima y en el traspaso de todos los actos públicos al ordenamiento jurídico civil. Solo Colombia ratifica en 1887 un acuerdo con la Santa Sede, sustrayéndose de esta manera al liberalismo radical imperante en los otros países de la región. Por el contrario México, con la ley de reforma de 1857, decreta la abolición de la instrucción religiosa. El anticlericalismo mejicano se atenúa con el porfiriato, que no incide en la debilidad de la Iglesia como receptáculos de consolidadas tradiciones credenciales.

Valentín Letelier considera que la libertad es un principio orgánico de la filosofía científica y, sin embargo, propone un autoritarismo responsable del cual Bismarck resulta ser la encarnación. En el período comprendido entre 1889 y 1893 en Argentina, Brasil, Chile y México el autoritarismo político se pone en discusión mientras el oligarquismo se abre tímidamente a la democracia; sobre todo tomando en consideración las modificaciones demográficas que se ven afectadas por las tensiones sindicales europeas y estadounidenses. El clientelismo rural está sometido a una inexorable decadencia a causa también del carácter emprendedor de las nuevas clases modernizadoras. Las reformas electorales asumen un aspecto transformador en un período en el cual las masas se acercan a la participación política.

Después de la primera guerra mundial y la gran depresión, se abre para América Latina un período de relativa prosperidad, debida por otra parte a los beneficios financieros acumulados por las exportaciones de materias primas y la producción interna de productos manufacturados. Los indicadores macroeconómicos no colaboran para aumentar la confianza de la gente. El radicalismo, que en países como la Argentina connota el itinerario orgiástico y remisivo de la primera y segunda mitad del siglo XX, provoca una notable resistencia. La comparación entre estos dos aspectos de la dinámica social se aglutina en torno al populismo luego de la luctuosa época del militarismo golpista y persecutorio. A principios del siglo XX, el populismo y el militarismo dificultan la primera fase de la industrialización (en Colombia, Argentina, Chile y Brasil), que por otra parte está conectada con las inversiones extranjeras. Argentina, México, Brasil y Cuba encabezan el inicio de una profunda transformación del aparato productivo y distributivo (este último aún condicionado por las redes de comunicación – viales, ferroviarias, de navegación – realizadas por los ingleses).

La crisis de América Latina comienza a principios de los años 30 del siglo XX debido al errático comportamiento de los precios. La balanza comercial global de América Latina, conjuntamente con Europa y Estados Unidos, refleja la reducción del superávit del cual se beneficia hasta el advenimiento del totalitarismo europeo. La práctica del cambio libre en América Latina se

conjuga con el protagonismo de los Estados Unidos, que mediante algunas declaraciones de principios (J. Monroe, T. Roosevelt, T. W. Wilson) consideran ser pertinente a su función arbitral un régimen de permanentes interacciones en toda el área americana.

El indigenismo, en el arte figurativo y en la filosofía, renueva el escenario cultural, incorporando al debate planetario los elementos de una revolución antropológica que permite (junto con José Vasconcelos y Víctor Haya de la Torre) una revisión de los componentes orgánicos de las revoluciones sociales contemporáneas.

Cuando estalla la segunda guerra mundial, la administración Roosevelt crea un clima de mayor comprensión en las relaciones interamericanas y, de alguna manera, recupera los valores de Occidente que las Iglesias Católica y Protestante restablecen en la Europa continental y en la Europa Mediterránea sojuzgadas por las corrientes obreras y masivas.

La lucha por la democracia liderada por los Estados Unidos les asesta un duro golpe a los populismos preponderantes en Argentina, Brasil y México, en respuesta a los grupos emergentes tendientes a introducirse en la economía de servicios ya que tanto la economía agraria como la economía industrial son débiles: una por la disminución de las exportaciones de las reservas alimentarias; la otra (la de los frigoríficos fiscales argentinos) debilitada por la demagogia urbanizante.

El anacronismo de las dictaduras militares de los años cincuenta del siglo XX incide negativamente en el proceso de diversificación de las inversiones y en el nivel de la productividad en los diversos sectores del subcontinente.

El aumento económico del quinquenio 1945-1950 que marca el incremento, si bien contenido, de la industrialización, reduce las importaciones y al mismo tiempo la deuda pública; manteniéndose durante un breve período sin asegurar la progresiva automatización económica del área del crédito internacional. La situación se agrava también a causa de la imparable urbanización de las capitales latinoamericanas a las que llegan los trabajadores de las industrias (como en el caso de las empresas textiles brasileñas), que no logran mantener la competencia internacional. A principios de la década de los años Treinta del siglo XX, la satisfacción de la demanda interna induce al estado a hacerse cargo de la crisis del comercio y de las expectativas del proletariado.

El sindicalismo se delinea de esta manera como un contrapoder en defensa de los derechos de los trabajadores que en Italia encuentran respuesta en el "orden nuevo" gramsciano y, en cambio, en Brasil, en el Estado Novo de Getulio Vargas, que los subordina al interés nacional. La retórica populista se propone exorcizar las intenciones de desestabilización que también se extienden en el contexto normativo y empresarial enfatizando el nacionalismo económico. En la Argentina de Juan Domingo Perón, el proteccionismo, conjugado con la oligarquía exportadora, no encuentra respuesta en la reforma agraria

que se llevó a cabo en México y en Venezuela. El corporativismo permite la representación escenográfica de todas las profesiones y afiliaciones que virtualmente se acercan al escenario empresarial y realizador.

En la segunda mitad de los años cuarenta del siglo XX en cinco países de América Latina (Argentina, Bolivia, Guatemala, Perú, Venezuela) se realiza la transición democrática que sugestion a Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México y Uruguay, llegando también al Paraguay, América Central y el Caribe.

En 1959 se produce la revolución castrista en Cuba, destinada a transformarse en una fortaleza ideológica de izquierda, responsable de la permanente tensión, ya sea dentro de la Organización Americana, o hacia el exterior, en acuerdo con las alianzas y las influencias sufridas o diseminadas en el escenario internacional. La crisis de los misiles de 1962 marca el momento de tensión y de ruptura en relación al occidente americano.

La *Alianza para el Progreso* de la administración Kennedy de 1961 confiere una particular importancia a la cohesión del continente americano respecto a la geopolítica mundial. El desarrollo económico facilitado por la *Alianza*, si bien atenuado en el crucial período de la guerra de Vietnam, permite a los países latinoamericanos incrementar la producción y los intercambios en el clima de guerra fría que delimita de manera aseverativa los dos modelos contrapuestos de desarrollo.

El tratado interamericano de asistencia mutua, firmado en Río de Janeiro en 1947, establece como objetivo la consolidación de las relaciones de amistad y de buena vecindad también en la eventualidad de una agresión externa imprevista.

La amenaza del comunismo induce a los países del área a crear en 1948, en Bogotá, la Organización de los Estados Americanos (OEA) según el modelo de la ONU.

La crisis del petróleo de 1973 pone en evidencia la inadecuación del modelo de desarrollo latinoamericano. En Bolivia, Chile, Uruguay y Argentina se instalan regímenes autoritarios con intenciones reivindicatorias a nivel nacional. La conmoción económica es enfrentada con la individualización del enemigo interior (Carl Schmitt) y del enemigo externo, que atentan contra la identidad institucional y la integridad territorial. La reivindicación de los derechos humanos, promovida por la administración Carter, incide desfavorablemente en los países latinoamericanos, a merced de grupos militares aun influenciados por el minimalismo económico y la elefantías formal. La persecución interna por motivos falsamente ideológicos es la última herida cometida por la autoexaltación nacionalista, hasta la redención justicialista y democrática del *Nunca más* de la Comisión presidida en la Argentina a mediados de los años 80 por Ernesto Sábató.

El *decenio perdido* de los años 80, así definido por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) registra una reducción en 1989 del producto bruto interno por habitante a nivel del 1977 (con una disminución del 20%)

determinando una inadecuada distribución de las ganancias. La regresión económica impone la instauración de la democracia y la liberalización del emprendimiento individual con el objeto de acomodar las condiciones generales para atraer las inversiones extranjeras. La deuda externa induce a los países a convertir sus economías en agrupaciones (los mercados regionales) capaces de afrontar los desafíos del mercado global. Las intervenciones de Estados Unidos de 1989 para reducir el rigor de la deuda involucran a los bancos públicos y privados capaces de renegociar las tasas y los vencimientos. Los gobiernos latinoamericanos, en consecuencia, están abocados a las reformas fiscales, finalizadas a la imposición del valor agregado. Desde los años noventa al 2000 el mejoramiento económico de América Latina no está libre de la vulnerabilidad de las turbulencias financieras internacionales.

La progresiva organización de los grupos étnicos reclama una mayor autonomía política y territorial. El bolivarianismo y el indigenismo responden a las renovadas discusiones sobre la peculiaridad y sobre la posibilidad de redención civil del área latinoamericana que se reconoce irremediamente aplicada a afrontar las problemáticas relativas a la interacción económica, política y cultural.

El resultado de esta profunda revuelta ideal, que se desprende del nuevo ordenamiento institucional del área, consiste en la asociación de las zonas particularmente reactivas a las expectativas del escenario internacional. La radicalización de las creencias tradicionales cede su lugar, no tanto a la iconoclastia, sino más bien a una dimensión salvífica de nivel operativo, de experiencia. La transcendencia totémica de la literatura del Siglo de Oro encuentra respuesta en la inherencia ética de la era contemporánea, dispuesta a salvaguardar, siguiendo la huella del debate de los tratadistas del derechos de las gentes, la dignidad individual cual defensa de la identidad colectiva en los espacios embellecidos por el trabajo que, de abiertos y conformes (con el gaucho), se transforman en el peristilo de una permanencia mundana más justa.